

1

UNA ÉTICA DESCONCERTANTE

El proceso de cambio

Vivimos en una sociedad que vive en proceso de cambio. Un cambio constante, rápido, acelerado y profundo. Nuestra sociedad está cambiando a una velocidad que cada día nos sorprende y con frecuencia nos desconcierta. Porque lo más llamativo no es que cada día nos enteramos de nuevos descubrimientos y avances en la ciencia y en la técnica. Lo más desconcertante es que somos nosotros mismos los que estamos cambiando. Se ha dicho, con toda razón, que “de todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada”. Y esto quiere decir que “hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás”. Lo que es cierto hasta el extremo de que “no podemos sustraernos del torbellino de cambios que llegan hasta el corazón mismo de nuestra vida emocional”¹.

Por otra parte, es importante saber que, si es cierto que estos cambios se están produciendo en todo el mundo, en los países ricos y avanzados los cambios se producen con mucha más rapidez y, sobre todo, de manera que alcanzan niveles de profundidad que seguramente no imaginamos. Ésta es la conclusión más importante a que ha llegado el excelente estudio que ha llevado a cabo el profesor de la Universidad

1. A. Giddens, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus, 2000, 65.

de Michigan, Ronald Inglehart². Con una particularidad que interesa destacar: de los 81 países que ha analizado el estudio de Inglehart, resulta que España es el país que está viviendo el cambio más rápido y más profundo de todo el mundo. Por eso, con tanta frecuencia nos llevamos las manos a la cabeza por las cosas que oímos y vemos. La gente ya no es como era hasta hace pocos años. Y conste que se trata de un cambio acelerado. Los jóvenes cambian más rápidamente que los mayores. Y los niños nos sorprenden todos los días con cosas que antiguamente no se hacían o no se preguntaban. Y es que lo que está cambiando son las creencias, los valores y las identidades. La gente ya no cree en lo que creía antes. Ni se le da importancia a lo que antes la tenía. En definitiva, somos diferentes. Es decir, está emergiendo un nuevo tipo de hombre, un nuevo modelo de persona.

De ahí, la enorme dificultad con que se tropieza para que la gente siga comportándose de acuerdo con el modelo de buen comportamiento que siempre se tuvo como tal. Y quienes más notan esta dificultad son, como es lógico, los padres al educar a sus hijos, los educadores al enseñar cómo deben portarse los niños y los jóvenes, y los sacerdotes cuando pretenden adoctrinar a los fieles sobre lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. No hay manera. Y el hecho es que cada día aumenta el número de personas que se sienten desoladas porque se ha perdido el respeto que antes había, las buenas maneras que nos enseñaron nuestros mayores, y las sanas costumbres que antiguamente regían la buena conducta de la gente de orden.

Así las cosas, la pregunta que muchos se hacen es: ¿en qué va a parar todo esto? ¿no nos estamos precipitando por una pendiente que nos lleva derechamente al despeñadero, al desastre, a la desintegración de la sociedad en que vivimos?

El Evangelio y el cambio

La ética de Jesús fue una ética de cambio. Jesús, en efecto, cambió muchas cosas. Pero, sin duda alguna, de todo lo que Jesús modificó, lo que más llama la atención es el cambio que introdujo en los valores que

2. R. Inglehart, *Human Values and Social Change: Findings from the World Values Surveys*, Netherlands, E. J. Brill, 2003.

deben regir la vida de las personas y en la conducta que tienen que adoptar quienes pretendan asumir la forma de vida que traza el Evangelio.

Los cambios, que introdujo Jesús en su forma de entender la ética, fueron tan profundos que sorprendieron, desconcertaron y hasta escandalizaron a mucha gente. Lo que más llama la atención, en este sentido, es que Jesús desconcertó y escandalizó, sobre todo, a la gente más religiosa de su tiempo. Los pecadores, los publicanos, las prostitutas, las mujeres de mala fama, los excluidos de la sociedad, toda esa especie de “chusma” (como dicen los “observantes”) estaba encantada con Jesús y lo seguía entusiasmada. Lo cual quiere decir que aquellas gentes desgraciadas se sentían bien con Jesús. Sin duda, porque él los comprendía, los acogía, nunca les echaba nada en cara, los trataba con respeto y, por supuesto, siempre encontraban cariño en Jesús aquellas personas que, para la gente “respetable”, eran unos desgraciados.

Leyendo los evangelios con atención, uno advierte enseguida que Jesús se dio cuenta de que la religión, que entonces había en su pueblo y en su tiempo, no iba a ninguna parte. Y menos aún, la ética que predicaba aquella religión. Era, por supuesto, una religión solemne, ordenada, autoritaria, con muchos sacerdotes y levitas, con un templo imponente, que tenía cientos de funcionarios, y normas para todo y para todos. Pero está visto que Jesús comprendió pronto que con todo aquello no se conseguía lo que más importa en la vida, a saber: que todos seamos más buenas personas y que todos vivamos más felices. Porque, en definitiva, una religión y una ética que no sirven para eso, ¿para qué sirven? De ahí, la relación entre el Evangelio y el cambio. Justamente lo que ahora necesitamos.

Cambio y desconcierto

Está fuera de duda que Jesús provocó enseguida una impresión fuerte de cambio. Porque con él apareció, en su tiempo, en aquella sociedad y en aquella cultura, algo completamente nuevo. El evangelio de Marcos lo dice con toda claridad y desde el primer momento. Apenas Jesús se había puesto a predicar, resultó que un sábado “entró en la sinagoga e inmediatamente se puso a predicar” (Mc 1, 21). Y el evan-

gelio dice a continuación: “Estaban impresionados de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad, no como los letrados” (Mc 1, 22). O sea, la gente notó enseguida la diferencia entre Jesús y los teólogos de entonces. La diferencia estaba en la “autoridad”, cosa que, por lo visto, no tenían los teólogos aquéllos. Y es que los letrados se dedicaban a repetir lo que les habían enseñado a ellos. No tenían libertad. Ni, por tanto, creatividad. Jesús, sin embargo, fue un hombre libre y creativo, que decía, no lo que le habían enseñado, sino lo que la gente necesitaba. Por eso, sin duda, aquellas gentes tenían la impresión de que estaban escuchando a alguien que hablaba “con autoridad”.

Una cosa es la “autoridad” y otra cosa la “potestad”. Max Weber supo distinguir sabiamente ambas cosas. Potestad es la capacidad de obligar y someter, en tanto que autoridad es la capacidad de convencer y persuadir. Los letrados obligaban y sometían o, al menos, eso es lo que pretendían hacer. Jesús, por el contrario, convencía y persuadía. Por eso Jesús no enseñaba con potestad, sino con autoridad. Y eso es lo que dejó a la gente pasmada. Tan asombrada que aquello llegó al desconcierto. Lo dice expresamente el relato de Marcos: “Se quedaron todos tan desconcertados que se preguntaban unos a otros: ¿qué significa esto? ¡un nuevo modo de enseñar, con autoridad!” (Mc 1, 27). ¡Qué desconcierto! Un predicador que no dice lo que todos dicen y que no repite lo que siempre se dijo.

Y es que los cambios, cuando van al fondo de las cosas, producen desconcierto. En este sentido, se puede decir que Jesús desconcertó a todo el mundo. Desconcertó a la gente de su pueblo y a su propia familia, que no se explicaba ni lo que decía ni lo que hacía (Mc 6, 1-6), hasta el punto de pensar que se le había ido la cabeza y era necesario encerrarlo (Mc 3, 21). Una indicación del evangelio de Marcos que no pretende presentar a Jesús como un demente, sino que quiere indicar la incompreensión de la gente, en concreto de su propia familia³. Pero lo que más llama la atención es que Jesús dejó desconcertado incluso a su propio precursor, Juan Bautista, “el más grande de los nacidos de mujer” (Mt 11, 2-18; Lc 7, 18-35). Porque Juan esperaba y creía necesario otro modelo de cambio en aquel pueblo y en aquella sociedad. Un

3. J. Gnilka, *El evangelio según san Marcos*, I, Salamanca, Sígueme, 1986, 169.

tipo de cambio que no se produjo ni en la persona, ni en la enseñanza, ni en la conducta de Jesús. Juan Bautista quería un cambio basado en el modelo de “amenaza” (Mt 3, 7-10; Lc 3, 7-9). Jesús, sin embargo, vio que lo que cambia a la gente es el cambio basado en el modelo de “acogida”, exactamente como el propio Jesús les dijo a los mensajeros que mandó Juan para preguntarle a Jesús si era él quien tenía que venir o había que esperar a otro (Mt 11, 2-5)⁴. Por eso Jesús no amenazó nada más que a los que se dedicaban a amenazar. A los demás, a los pecadores, a los publicanos, a los débiles, a las mujeres de mala vida, a los excluidos de la sociedad, a todas esas gentes, se dedicó a acogerlas, a sanar las heridas que la vida les iba dejando, a devolverles la dignidad perdida y a darles vida, alegría y esperanza. Ahora bien, esto era tan absolutamente nuevo, en la historia de las ideas y de las prácticas religiosas, que el mismo Jesús presentó este proyecto como el fin de una etapa, en la historia de la humanidad, y el comienzo de otra (Lc 16, 16). Como se ha dicho muy bien, la figura de Juan y el tiempo de su ministerio marcan un período de transición: acaba el “tiempo de Israel” y se inaugura la nueva etapa, el “tiempo de Jesús”⁵. Esto significa que, con el amenazante Juan Bautista se cerró una etapa en la historia de las ideas religiosas. Y con Jesús empezó otra, tan desconcertante y tan nueva, que luego, con el paso del tiempo, vinieron los que se encargaron de volver a la etapa anterior. Porque, por lo visto, el Evangelio les resultaba (y les sigue resultando) insoportable. Se trata de los “profetas de desgracias”, de los que sabiamente habló el papa Juan XXIII justamente el día que inauguraba el concilio Vaticano II.

El entierro y la boda

El cambio que trajo Jesús a esta tierra, a nuestra manera de entender y practicar la religión y la ética en esta vida, es tan fuerte, que el propio Jesús lo comparó con las dos cosas más opuestas que hay en el

4. Sin duda Juan se desconcertó ante lo que se decía de Jesús. Si el desconcierto le llevó a dudar de la mesianidad de Jesús o, más bien, a afirmarse en tal convicción, es cosa que se discute. Cf. U. Luz, *El evangelio según san Mateo*, II, Salamanca, Sígueme, 2001, 229.

5. J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas*, III, Madrid, Cristiandad, 1987, 730.

mundo: la muerte y la vida. O dicho con más propiedad, Jesús comparó todo este asunto con los símbolos de la muerte y de la vida: el entierro y la boda. Porque en eso, nada menos que en eso, está la diferencia entre Juan Bautista y Jesús. Lo dice el evangelio de Mateo cuando compara a Juan Bautista con Jesús, utilizando la pequeña y sencilla historia de dos grupos de chiquillos que juegan en la plaza de un pueblo. Uno de los grupos jugaba a representar un entierro cantando lamentaciones, mientras que el otro jugaba a representar una boda tocando una flauta (Mt 11, 16-17). Y Jesús explica lo que esto quiere decir: "Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron que tenía un demonio dentro. Viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: ¡Vaya un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores!" (Mt 11, 19). Jesús compara a Juan Bautista con un entierro y él se compara así mismo con una boda. Porque Juan no comía ni bebía, mientras que Jesús hacía esas cosas hasta el extremo de que había quien lo tenía por un comilón y un borracho. Juan no disfrutaba de la vida, de manera que su vida era muerte. Jesús, por el contrario, disfrutaba de la vida, de forma que hasta se le tenía por un vicioso.

La ética de Jesús es la ética de la vida, del gozo y del disfrute de la vida. Jesús no fue un asceta del desierto. Ni fue un penitente que castigaba su cuerpo, como lo hacía el Bautista. Porque Jesús creía en la vida. Y quería (y quiere) que *todos vivamos y gocemos de la vida*. Lo que pasa es que todo el mundo quiere disfrutar, pero disfrutar él, sobre todo él. Y a muchos les importa poco que los demás lo pasen bien o mal. La ética de Jesús es la ética del gozo de vivir *para todos*, del gozo compartido por todos, sin excluir a nadie. Y eso es lo que más cuesta asumir y aceptar como proyecto de vida. Porque la ascética más dura, no es la de la *renuncia*, sino la de la *donación*. Los cristianos hemos vivido, durante veinte siglos, la ascética de la renuncia. Está amaneciendo el día luminoso de la donación.

El cambio desconcertante

Hoy estamos viviendo un cambio desconcertante. Porque todo cambio descoloca y posiblemente también desconcierta. Pero, sobre todo, desconciertan los cambios que modifican nuestras *creencias* y nuestros

valores. Esto es lo que ahora está ocurriendo. Y esto ha traído como consecuencia, entre otra cosas, que las dos grandes instituciones, transmisoras de creencias y valores, la *religión* y la *familia*, no sólo se ven sometidas a una profunda crisis de deterioro, sino que (por eso precisamente) esas dos grandes instituciones han perdido capacidad para transmitir las creencias y los valores que, durante siglos, han dado sentido a la vida de la gente en nuestra cultura. Como se ha dicho, con toda razón, “la familia y la religión, en cuanto *instituciones primordiales* de un sistema de organización social basado en ellas, se ven profundamente afectadas por la emergencia de otro sistema, que promueve el desarrollo de organizaciones racionales diseñadas intencionalmente para cada tipo particular de función”⁶. Esto es, seguramente, lo que más nos ha descolocado a todos. Por eso nos asusta la descomposición de la familia a la que estamos asistiendo. Baste pensar en la violencia familiar que llega hasta el asesinato con relativa frecuencia. Y nos asustan los comportamientos de las religiones que desencadenan, a veces, tanta violencia. Hasta llegar a la inmolación de los terroristas suicidas o a las agresiones que, por motivos religiosos, se les hacen a quienes no comparten determinadas creencias o ciertas normas de conducta.

El fondo del problema está, según parece, en que antiguamente la gente buscaba el *sentido de la vida* a partir de las dos grandes instituciones, la religión y la familia. Pero ahora estamos viviendo un cambio que consiste en que la *relación institucional* está siendo sustituida por la *relación personal*. Lo que le da sentido a la vida de la gente no es la institución a la que cada cual está vinculado, sino las personas con las que se relaciona. Por eso lo determinante, para buscarle sentido a la vida, es cada día menos la relación institucional (religiosa, familiar...). Y es cada día más la relación basada en la “comunicación emocional”, en la que las recompensas derivadas de la misma son la base primordial para que dicha comunicación se mantenga⁷. Al decir esto, estamos hablando de lo que, con razón, se ha denominado la “relación pura”, que se basa en la comunicación, de manera que entender el punto de vista de la otra

6. J. Pérez Vilariño, *Formas complejas de vida religiosa*, en J. Pérez Vilariño (ed.), *Religión y sociedad en España y los Estados Unidos. Homenaje a Richard A. Schoenherr*, Madrid, CIS, 2003, 128.

7. A. Giddens, o.c, 74.

persona es lo esencial⁸. Por esto el *matrimonio* está en crisis y la *pareja* está en auge. Porque el matrimonio se basa en la relación institucional, mientras que la pareja tiene su razón de ser en la relación personal, es decir, en la comunicación emocional o, dicho de otra manera, en la relación pura. Y por eso mismo, también la religión está en crisis. Porque la pertenencia a la religión se ha vivido, hasta ahora al menos, como pertenencia a una institución, cosa que hoy mucha gente no acepta y prefiere vivir sus creencias religiosas “por libre”, al margen de toda institución.

Ahora bien, todo esto es lo que hoy nos desconcierta a nosotros. Y es lo mismo que desconcertó a la sociedad de Galilea y Judea en tiempo de Jesús. Porque lo desconcertante es que Jesús fue muy crítico precisamente con las dos mismas instituciones que hoy están en crisis. Jesús fue crítico con la religión. Y por eso tuvo tantos y tales conflictos con los dirigentes religiosos. Hasta el extremo de que, como bien sabemos, la religión acabó con Jesús y terminó condenándolo a muerte de la peor manera. Como es igualmente cierto que Jesús adoptó una actitud sumamente crítica con el modelo de familia que configuraba el tejido social de aquel tiempo. Me refiero a la familia “patriarcal”. Sabemos que Jesús dijo: “No penséis que he venido a sembrar paz en la tierra; no he venido a sembrar paz, sino espadas; porque he venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; así que los enemigos de uno serán los de su casa” (Mt 10, 34-35). Este texto es tan fuerte que ha habido quien se ha preguntado si Jesús no se contradijo consigo mismo por no haber podido “cumplir su ética extrema”⁹. Y conste que afirmaciones como ésta se repiten en los evangelios con fuerza e insistencia (Lc 12, 51-53; 14, 26-27). En definitiva, se trata de que la venida de Jesús y su mensaje sobre el Reino de Dios contrastan con los lazos familiares y sociales¹⁰. Por eso, cuando un día le dijeron a Jesús que le buscaban su madre y sus hermanos, la respuesta fue sorprendente: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y, paseando la mirada por los que estaban sentados en corro en torno a él, añadió: Mirad a mi madre y a mis hermanos. Todo el que cumple el

8. A. Giddens, o. c., 75.

9. J. Klausner, *Jesus von Nazareth*, Jerusalén 1952, 548.

10. U. Luz, *El evangelio según Mateo*, II, 194.

designio de Dios, ése es hermano mío y hermana y madre” (Mc 3, 31-35; Mt 12, 46-50; Lc 8, 19-21). Está claro, pues, que Jesús antepuso las *estructuras comunitarias* (basadas en las relaciones personales) a las *estructuras de parentesco* (basadas en las relaciones institucionales).

Y es que, en el fondo, es más fácil ser fiel a una institución que a una persona. La relación con la institución se basa en el cumplimiento de las normas institucionales y los deberes que eso lleva consigo. La relación con la persona, sin embargo, se basa en la relación pura, lo que supone y exige claridad, transparencia, sinceridad, donación de sí mismo, fidelidad sin condiciones y comunicación emocional, que se expresa en afecto, bondad y ternura.

Una ética para el cambio

En el momento que estamos viviendo y tal como se ha puesto la vida, mucha gente está pesimista, se siente mal. Porque son demasiadas las cosas que, efectivamente, van mal. Y, como he dicho, van mal las dos grandes instituciones (religión y familia) donantes de sentido para el común de los mortales. De ahí que abundan, quizá demasiado, la críticas contra la religión y las censuras o rechazos a la familia. Seguramente, muchas de las críticas contra la religión y contra la familia no están faltas de razón. Con lo cual estoy diciendo que lo criticable tiene que ser criticado. Y lo cuestionable tiene que ser cuestionado. Por eso la ética que hoy necesitamos tiene que construirse sobre la base de una libertad que sea capaz de cuestionar y criticar tantas cosas que, si se hubieran cuestionado y criticado mucho antes, quizá el mundo no estaría como está. Peor que la *maldad* es la *indiferencia*. Porque la “maldad” remuerde las conciencias, en tanto que la “indiferencia” deja a la gente tranquila y pensando que el dolor del mundo, sobre todo el dolor de los más desgraciados, no depende de mí ni yo le voy a poner remedio. La *ética del cambio* tiene que ser, por tanto, una *ética crítica*. Esto, ante todo. Por eso la ética de Jesús fue enormemente crítica con tantas cosas que funcionaban mal en su pueblo y en su tiempo.

Pero no basta con criticar. Porque criticar es censurar, denunciar, rechazar. Y con eso sólo no vamos a ninguna parte. Además de criti-

car, hay que construir. Si desmontamos las instituciones donantes de sentido, y no hacemos más que eso, nos quedamos con la nada. Pero desde la nada, sólo es posible el vacío, no el cambio. Jesús criticó lo criticable. Y, en el lugar de lo que criticaba, puso otra cosa, es decir, ofreció los grandes valores del Evangelio.

Es inevitable, es bueno, es incluso necesario el desconcierto en que vivimos. Porque sólo así será posible que todos sintamos la sacudida que necesitamos para despertar de esta especie de letargo que es la indiferencia. Y así podremos sumarnos a los muchos testigos que hoy tiene el cambio que anuncia un futuro mejor y un mundo distinto. Pero con tal que, al mismo tiempo que desmontamos, nos pongamos a construir. No se trata de ser inventores improvisados que se sacan recetas de no se sabe dónde, recetas que luego no sirven para nada. Se trata, más bien, de sumarse al clamor de los millones de seres humanos que esperan, necesitan y buscan respeto, tolerancia, humanidad, sobre todo humanidad, de manera que a todos se nos haga insoportable el dolor de las víctimas, la humillación de los que van por la vida sin rumbo y sin esperanza. Se trata, en definitiva, de ser sensibles a lo que más anhelamos todos: justicia, paz, esperanza y el gozo feliz de quien puede disfrutar de todo lo bello, digno y hermoso que Dios (según nuestras creencias) ha puesto en esta tierra.